

favor; por el contrario, se levantan todos contra vosotros. Pero vosotros enseñais á los laicos á despreciarlos. O yo me engaño mucho, ó yo veo formarse un gran partido contra la Iglesia, y á su tiempo se manifestará si no se trata con tiempo de ponerse de acuerdo» (1).

Bossuet veía con claridad, y no exageraba el peligro; lo que él temía se ha realizado, y aún ha excedido sus temores. ¿Cómo se llama la tendencia del espíritu humano á comprobar el dogma con la razón? El racionalismo. En el momento en que Bossuet murió empezaba el siglo XVIII, y ¿qué es la filosofía del último siglo más que el racionalismo llevado hasta el exceso? El germen de este racionalismo tan fatal á la fe se halla en Descartes. Malebranche cultivó la semilla lo mismo que Espinosa. La oposición irremediable entre la filosofía y una religión que dice estar por encima de la razón, y que en realidad es contraria á la razón, se manifestó en Malebranche aún más que en Espinosa, porque el filósofo francés, en su imprudente confianza, quiso explicar los misterios del cristianismo por la filosofía. Ahora bien, la filosofía no puede tocar á la religión, cuando la religión pretende ser revelada, sin alterar la fe haciéndola racional. La filosofía, por más que se llame cristiana, á ménos que se limite á recitar el catecismo, procede de la razón y lleva invenciblemente á no aceptar más que lo que es conforme á la razón. En vano pretende la fe que es idéntica con la razón; en su esencia misma le es hostil. El cristianismo ó no es nada ó es la reprobación de la naturaleza; y si la reprueba, es porque la cree viciada por el pecado original; su objeto, y no tiene otro, es reparar la naturaleza decaída por la acción sobrenatural de la gracia. Todo es, pues, sobrenatural en el cristianismo, al paso que la filosofía trata de traer todo á la razón. ¿Cómo conciliar con la razón un dogma que se funda en un elemento sobrenatural? Tenemos siempre el círculo que quiere convertirse en cuadrado. La conciliación no se verifica más que trasformando los dogmas en verdades racionales; lo cual es el fin de la religión revelada.

(1) BOSSUET, *Correspondencia*, t. XVII, p. 154 y p. 203-205.

#### § IV.—Leibnitz.

##### I.

Hé aquí otro filósofo que pretende conciliar la fe y la razón, el cristianismo y la filosofía: Leibnitz, genio superior á Malebranche, fracasa lo mismo que el filósofo francés. Nueva prueba de que la conciliación es imposible. Mientras se permanece en el séptimo cielo de las abstracciones, nada más cierto que la armonía de la fe y de la razón. Pero cuando se desciende del terreno de la teoría á la práctica, cambia la escena. Es preciso en ese caso preguntarse ante todo cuál es la fe que se armoniza tan perfectamente con la razón. Si se hubiese propuesto esta cuestión á Leibnitz, hubiera tenido dificultades para contestarla. Respecto á Malebranche, sabemos al ménos que es católico; ¿pero cuál era la religión de Leibnitz? No se sabe: unos dicen que era católico; otros, que era protestante; otros creen que no era ni lo uno ni lo otro, y tal vez éstos últimos tengan razón.

Los neocatólicos tienen afán por reivindicar los grandes genios para su Iglesia; como rara vez los poseen en vida, tratan de apoderarse de ellos después de su muerte; ¡Leibnitz católico! ¡Qué triunfo para el catolicismo! La alegría, como siempre, ha sido de corta duración. Leibnitz hallaba razones para todo; las encontró hasta para los dogmas católicos, por lo cual dicen que debía ser católico. El mismo nos dirá lo que es; escribió á Burnet en 1705: «Yo he explicado en gran parte ciertas opiniones de los doctores de la Iglesia romana contra las acusaciones exageradas de nuestras gentes. Pero cuando se ha querido avanzar más y hacerme creer que yo debía afiliarme entre ellos, les he demostrado que estaba muy lejos.» Hay pasajes completamente formales en la correspondencia con el landgrave de Hesse (1). En una obra póstu-

(1) LEIBNITZ, *Opera*, t. VI, p. 271.—ROMMEL, *Leibnitz und landgraf von Hessen*, t. I, p. 204-207.

ma, los *Anales del imperio de Occidente*, olvida Leibnitz sus miramientos habituales y se expresa sobre la religion romana con un verdadero desden: «Yo no puedo ciertamente aprobar, dice, que bajo la influencia ó con la complicidad de Roma, haya sido manchada la pureza del culto divino, el cristianismo hecho abominable ó ridículo, y que una teología impía y desconocida de los apóstoles de Cristo, se haya introducido en el mundo, gracias á la barbarie de los tiempos.»

Hé aquí, dirán los protestantes, un lenguaje digno de un discípulo de Lutero. El lenguaje, en efecto, es el de los reformadores; pero las palabras no constituyen la religion. ¿Cumplía Leibnitz con los deberes que impone á los verdaderos cristianos la confesion de Augsburgo? El landgrave de Hesse, que le conocia perfectamente, dice que nuestro filósofo no tomaba la comunión, que por otra parte era un excelente sujeto. El sirviente de Leibnitz, el honrado Ekkart, que no se separó de su señor durante diez y nueve años, añade que iba poco ó nada al templo. *Yo no recuerdo*, dice, *que haya comulgado una sola vez*. Este hecho es notable. Leibnitz hacia profesion de ser un filósofo religioso. Escribe á Arnaldo que lo que más le preocupa en sus especulaciones filosóficas es su salvacion. Es la salvacion á la manera de los cristianos de lo que habla, puesto que se dirige á un teólogo severo. Va más léjos, y dice «que lo que le ha inclinado principalmente á su filosofia, es que ha visto en ella un medio de conciliar la razon con el dogma» (1). No hubieran dicho más Descártes y Malebranche; pero ellos no se limitaban á decirlo, lo practicaban, al paso que la ortodoxia de Leibnitz parece consistir en esfuerzos teológicos. ¿Qué es esto? ¡Un pensador profundo que se preocupa por su salvacion y que no hace nada por salvarse! Demuestra muy sabiamente que su filosofia explica el misterio de la Eucaristía, se regocija de ello, pero no se ocupa de tomar parte en la cena! ¿Es un cristiano aquel que, pudiendo gozar de Dios comiendo su cuerpo, se contenta con la teoría? ¿Es un cristiano el que cree en la divinidad de la Iglesia y aún en la del pontificado, y no hace nada de lo que mandan? Las buenas mujeres de Hannover, que veian á Leibnitz quedarse en su casa,

(1) LEIBNITZ und ARNAULD, p. 141, 145.

cuando todo buen protestante iba al templo, decian: *Leibnitz no cree en nada*.

Un contemporáneo de Leibnitz, filósofo tambien, Fontenelle, dice en el *Elogio* del filósofo aleman: «Se le ha acusado de no ser más que un grande y rígido observador del derecho natural, y que sus pastores le han dirigido reprensiones públicas é inútiles.» Esta es tambien la opinion de Voltaire: «Leibnitz, dice, pensaba y hablaba libremente, é inspiró sus opiniones libres á más de un príncipe.» Creemos que Voltaire va demasiado léjos al reivindicar á Leibnitz para la secta de los libres pensadores. Pertenece más bien á la escuela de los filósofos cristianos, sino que en él el filósofo domina decididamente al cristiano; es el tipo de esa raza numerosa de filósofos alemanes que pretenden absolutamente pasar por discípulos de Cristo, por más que se verian comprometidos si tuviesen que firmar el catecismo de su confesion. ¿Cómo se arreglan para conciliar lo que nosotros consideramos inconciliable? Un escritor frances confiesa que Leibnitz no era ni católico ni protestante, sino filósofo: «Veia, dice, en todas las Iglesias lo esencial del cristianismo, y en el cristianismo mismo, todas las verdades fundamentales de la moral y de la religion.» Falta saber cómo puede encontrarse la verdad en campos tan opuestos. Nuestro escritor continúa: «Se mantenía por encima de las sectas, en una tranquilidad perfecta, en el seno de un espiritualismo sublime, en el que los misterios de la fe *libremente interpretados*, se conciliaban *sin grandes esfuerzos* con los datos de la ciencia» (1). Hé aquí la receta de la filosofia ortodoxa. No consiste más que en interpretar *libremente* los misterios; haciéndolo con un poco de buena voluntad se les hará decir lo que se quiera, *sin grandes esfuerzos*. Y de este modo podia uno llamarse á la vez filósofo y cristiano. Pero ¿y la buena fe? ¿y la franqueza? ¿y la verdad?

Para conciliar la filosofia, que vive del libre pensamiento, con una religion que se funda en los milagros, se necesita más que una *interpretacion libre*; se necesita engañar, sea á la filosofia, sea á la religion. Un filósofo hegeliano dice que Leibnitz tenia con la ortodoxia todas las complacencias y deferencias que un hombre ama-

(1) SAISSET, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1860, t. VI, p. 966.

ble tiene con las damas. Esto cambia ya la tésis, porque quien dice galantería dice mentira. Leibnitz, continúa Feuerbach, queria descender á hablar el lenguaje de la ortodoxia, cuando tenía que tratar con ella, pero no debe tomarse esta galantería al pié de la letra (1). Esto es todavía más claro. Feuerbach, por su parte, ha empleado tambien la galantería; nosotros, que no hacemos profesion de galantes, dirémos claramente que Leibnitz pensaba de una manera y hablaba de otra. La acusacion es grave; pero ¿qué otra cosa es la *libre interpretacion* y los *esfuerzos* que hay que hacer para conciliar el dogma con el libre pensamiento? ¿Qué otra cosa es esa *complacencia* hácia la elevada y poderosa dama que se llama la Iglesia? Se lee en las obras de Leibnitz: «Practicabá la máxima de su tiempo de que *se debe hablar con muchas personas y ser sabio con pocas*» (2). Esto es diplomacia, pero no es filosofía. El filósofo es misionero de la verdad; debe predicarla en todas partes lejos de ocultarla y desfigurarla. Leibnitz habia adquirido el hábito de hablar sin decir lo que pensaba, de tal modo que no revelaba su pensamiento, ni aún en la mayor intimidad, á la manera de los diplomáticos. La reina Sofia Carlota, aquella mujer tan apasionada por la verdad, se lamentaba de que su amigo Leibnitz no le decia todo lo que pensaba (3). ¡Es decir que no se puede ser filósofo cristiano más que usando de rodeos y transigiendo con la verdad! ¡Dios nos libre de semejante filosofía! Si fuésemos cristianos, prefeririamos el catecismo; como libres pensadores, preferimos la verdad completamente desnuda.

## II.

No tratamos de rebajar á Leibnitz. Cada siglo tiene su mision, y cada hombre su papel que desempeñar en el desarrollo de la humanidad. La filosofía acababa de nacer con Descártes; era mirada con malos ojos por los ortodoxos de todas las sectas: no le

(1) FEUERBACH, *Geschichte der leibnizischen Philosophie*, p. 103.

(2) LEIBNITZ, *Opera*, edic. Dutens, t. V, p. 165.

(3) RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. XII, p. 58-60.

tenía más aficion Lutero que Roma. Necesitaba, pues, muchas contemplaciones para conquistar un lugar en el mundo. Pero lo que era una cadena, no debe ser una ley: debemos compadecer á Leibnitz; pero no debemos imitarle. Leibnitz se mantenía realmente, como se ha dicho, por encima de todas las sectas, y tenía el genio conciliador. Estaba, pues, predestinado á una obra de conciliacion. ¿Qué pretende armonizar? La razon y la fe. Veamos el resultado. Si Leibnitz fracasó, fué porque no habia medio de triunfar. ¡Sirva de leccion á la filosofía! Deje de hacer diplomacia, y no se preocupe más que de la verdad.

Leibnitz dice que hay verdades reveladas que constituyen el objeto de la religion; se las llama tambien misterios. ¿Acaso los misterios se concilian con la razon? Hé aquí el problema. La respuesta de Leibnitz es la de Descártes: «Dos verdades no pueden contradecirse. El objeto de la fe es la verdad que Dios ha revelado de una manera extraordinaria. La razon es el encadenamiento de las verdades, pero particularmente de aquellas que el espíritu humano puede alcanzar naturalmente, sin ser ayudado por la idea de la fe.» Esta identidad de la fe y de la razon era el tema favorito de los cartesianos. No habia convencido á los incrédulos, ni aún á aquellos que, aunque ocupándose de la religion, querian una creencia que la razon pudiese aceptar. Decian que la armonía de la razon y de la fe era una pura suposicion, que en realidad los dogmas cristianos estaban en oposicion con la razon; ¿cómo, pues, habia de poder admitirlos la razon? Leibnitz viene en auxilio de la fe amenazada. Hace una gran concesion á los libres pensadores. Los verdaderos creyentes dicen con Tertuliano: *Yo creo, porque es absurdo*. No es ésta la opinion de Leibnitz: «Una verdad revelada por la fe, dice, no puede ser contraria á la razon. Porque siendo la razon, lo mismo que la fe, un dón de Dios, su combate haria combatir á Dios contra Dios. Si las objeciones de la razon contra algun artículo de fe son insolubles, habrá que decir que este pretendido artículo es falso y no revelado: será una quimera del espíritu humano» (1). Leibnitz es, pues, de opinion de que los misterios

(1) LEIBNITZ, *Discurso de la conformidad de la fe con la razon*, t. II, p. 25, 47, edic. Charpentier.